

17 MAR 2009

90332

ESTUDIOS

VENEZUELA EN EL PLANETA (LA PUERTA SIEMPRE ABIERTA) (*)

Simón Alberto Consalvi (**)

Uno de nuestros grandes poetas de todos los tiempos observó que un sitio del litoral venezolano le rememora a Alejandro de Humboldt el paisaje donde Leonardo da Vinci pintó a la Gioconda. José Antonio Ramos-Sucre se sumergió en las páginas de Humboldt, como Humboldt en las profundidades de las grandes selvas de Venezuela y de sus ríos. El poeta descubrió en el viajero a otro poeta. Se rindió ante su imaginación, ante la aventura del hombre y la sed de saber, y en un ensayo admirable, *Sobre las huellas de Humboldt*, resume todos los capítulos que el gran naturalista escribió sobre Venezuela en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*.

Ramos-Sucre era natural de Cumaná, la tierra cuyos encantos fascinaron al científico apenas desembarcó. En pocas palabras, para el poeta venezolano leer a Humboldt era como un ejercicio de intimidad, algo que equivalía a la lectura de su paisaje personal. «La costa rocallosa de la península de Araya se dibuja en toda su longitud», escribió el viajero deslumbrado. «Una vasta cuenca, cercada de altos montes, se comunica con el golfo de Cariaco por un estrecho canal que sólo da paso a una nave. [...] Seguíamos con la vista las sinuosidades de este brazo de mar que, a semejanza de un río, se ha excavado un lecho entre las rocas acantiladas y desnudas de vegetación. Esta ojeada extraordinaria recuerda el fondo del paisaje fantástico con que adornó Leonardo da Vinci el famoso retrato de la Gioconda».

A Ramos-Sucre lo seduce Humboldt porque a cada paso ilustra sus escritos con la referencia de escritores y de artistas. Pero la fascinación no se

(*) Introducción a *Geo Venezuela*, obra dirigida por el Dr. Pedro Cunill Grau, editado por la Fundación Empresas Polar. 2008.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra «C».

detiene sólo en lo que personalmente pudiera identificar sus sensibilidades. Va más allá. Los alemanes del siglo XVIII, dice, «alucinados y magnánimos, celebran especialmente las invenciones de Juan Jacobo Rousseau. Ellos militan debajo de las banderas del sentimiento y de la originalidad, y censuran las culpas de la vida social, recreándose con el ejemplo de la naturaleza». Por eso en las páginas del viajero es frecuente encontrar los nombres de Bernardino de Saint Pierre y de Francisco Renato de Chateaubriand, a quienes el poeta venezolano considera «alumnos pendencieros» del ginebrino.

En su *Discurso sobre la desigualdad*, Rousseau se había aventurado a escribir sobre los indios caribes; los consideraba seres ejemplares, una idílica nación, porque no se vinculaban permanentemente a ninguna mujer, no se esclavizaban, porque eran tan naturales que en la mañana vendían sus chinchorros sin pensar que en la noche los necesitarían para dormir. Para despejar al mundo europeo de tantas ficciones, Alejandro de Humboldt emprendió su travesía de naturalista por el Nuevo Mundo. José Antonio Ramos-Sucre, en 1923, va página tras página, como si, en efecto, hubiera sido uno de los pasajeros de la estrecha canoa en que Humboldt y Aimé Bonpland navegan en el azar de los ríos.

Retengamos algunas de sus anotaciones. Al recorrer el Orinoco y tropezar en su enlace con el Río Negro por el Casiquiare, el viajero imagina el mapa de un continente unido por medio de canales: los ríos internos de la América del Sur, por donde se pueda navegar desde Angostura a Buenos Aires. La transformación de los colonos españoles que echan raíces en las nuevas tierras no escapa a las observaciones del poeta venezolano, y glosa el pensamiento de Humboldt. Si el español toma posesión de la tierra, ésta a su vez lo cautiva; se va perfilando el español americano, el venezolano: «... suelta las amarras que lo atan a la playa distante de la metrópoli; y este fenómeno denuncia de sola una vez las pasiones del criollo descontentadizo, censor de la patria de sus mayores».

Ramos-Sucre se detiene en dos aspectos político-sociales de los papeles de Humboldt. Cómo encuentra en Lima y Quito la vocación literaria, en Bogotá y México, la científica, y en Caracas y La Habana la tentación política. «Razona, dice, el enojo del criollo contra el español de la península, su igual en la legislación escrita, su tirano en la práctica, y confiesa que el sujeto más ruin, con sólo nacer en el suelo de la metrópoli, sube sin esfuerzo donde

es despedido el americano más ilustre». Registra la distancia de la minoría que domina los cabildos, el menosprecio o el desdén por los más, dispuestos «al dominio de otra corona antes que al reparto de los privilegios con el resto de los compatriotas». Humboldt va más allá, repara en las relaciones de la metrópoli con sus colonos y condena la manera suspicaz de controlarlos, de vigilar sus pasos, de dividirlos, discriminarlos, de cultivar desconfianzas o acechanzas entre ellos, entre los de las regiones templadas y las cálidas, incluso entre los clérigos seculares y los religiosos, entre obispos y gobernantes, a través de las maquinaciones del poder.

Humboldt aprueba la forma republicana, y la recomienda para las sociedades nuevas. «Repite, en esta y otra oportunidad, la acusación profetal dirigida a la derrotada metrópoli, porque enmalezó los nuevos planteles de la raza, sembrando a manos llenas los gérmenes de la guerra civil. Califica de esta última suerte, subraya Ramos-Sucre, la contienda de la emancipación, y la sigue con asombro hasta su término». La idea humboldtiana de que aquel conflicto fue una guerra civil se fue consolidando con el tiempo, hasta ser asumida a plenitud por Laureano Vallenilla-Lanz.

II

«Mientras la revolución se forma en los espíritus antes de que lleguen desde 1810 los grandes hechos, la Capitanía General de Venezuela parece a los sabios viajeros que la recorren a comienzos del 800, como Humboldt y Depons, un florido país donde, por lo menos, la alta clase criolla de la ciudad de Caracas alcanza un refinamiento casi europeo», escribió Mariano Picón-Salas en *Tiempo de Humboldt*. El naturalista alemán llegó a la América en el momento más decisivo de su historia, cuando en el horizonte ya despuntaban los signos de la independencia. Su testimonio, en efecto, es dual, porque descubre tanto a la naturaleza como a la sociedad, a la geografía y a la historia.

«Virtud de los libros de Humboldt es su simpatía efusiva, la falta de prejuicios con que define lo deshabitual y diferente a las normas y el paisaje europeo», dice el ensayista venezolano. «De la tormenta romántica, del *Sturm und Drang* de donde salía, extrajo aquel amor de la naturaleza solitaria y solemne donde el hombre siente mejor la angustia cósmica; y, así, sus lentas, y minuciosas observaciones sobre clima, humedad, vegetación y vientos de

las regiones equinociales se interrumpen, de pronto, para escribir casi con ingenuo arrebató poético, cuán frescas, claras y apacibles, son las noches de luna en Cumaná cuando las bellas muchachas criollas sacan sus sillas de paja y, conversan o cantan como pájaros a la orilla de un río sombreado de palmeras». Como Ramos-Sucre, el escritor andino también emprende su odisea de la mano del gran viajero. No había elfos, ni hadas, ni gnomos que danzaran tras los pinos en la América tropical y en la América de las cordilleras que Humboldt visitó, «pero había las leyendas cosmológicas de Amalivaca, padre de las aguas del Orinoco; había las misteriosas inscripciones de la roca de Tupemeremo, donde se cuenta la remota génesis de los pueblos orinoquenses y aquel testimonio secular que cuenta, en la lengua de una tribu desaparecida, el viejísimo loro de Atures. Se fue la tribu, surgieron otros pueblos y lenguas, pero sobrevivió el pajarraco con su cantilena indescifrable. Y en aquel paisaje de tan impresionante geología, rocas graníticas cubiertas de petroglifos; los hinchados raudales del Orinoco, con su furia todavía diluvial; la selva virgen al fondo, la voz del loro momia sonaba como un testimonio de eternidad».

Humboldt y Bonpland se embarcaron en Cádiz a bordo de la corbeta *Pizarro*, de bandera española. El 16 de julio de 1799 llegan a Cumaná, y entre julio y noviembre de 1800 exploran las tierras venezolanas, a partir de Cumaná y de las costas de Paria. Hasta 1804 se extendió su permanencia en tierras del Nuevo Mundo. Treinta volúmenes, editados entre 1804 y 1834, registran la gran aventura científica. De esos 30 volúmenes, 5 forman la relación de su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo*. Humboldt escribió otros textos sobre Venezuela en distintos momentos de su vida, como los incluidos en *Cuadros de la naturaleza* de 1805, y el *Ensayo sobre la comunicación entre el Orinoco y el Amazonas*. Las cartas de Humboldt escritas desde Venezuela a su hermano Guillermo y a otras personalidades europeas fueron publicadas entonces y constituyeron elementos fundamentales de difusión de lo que era el país. Las escritas a venezolanos como Simón Bolívar, Domingo de Tovar y Ponce, José Antonio Montenegro, Manuel Palacio Fajardo y Agustín Codazzi aportan asimismo referencias relevantes. El 7 de febrero de 1800 Humboldt y Bonpland parten de Caracas hacia el Orinoco. Toman la vía de Aragua y Calabozo hasta llegar a San Fernando de Apure el 27 de marzo. El 5 de abril, navegando por el Apure, llegan a la confluencia con el Orinoco. El 15 de abril están frente a los raudales de Atures y Maipures. Remontan el gran río, en una navegación que Humboldt describe con entusiasmo: la admirable comprobación de sus hallazgos. También de cómo a

cada golpe de remo se jugaban la vida. Mes y medio después están otra vez de regreso en los raudales, el 31 de mayo. Se aventuran y atraviesan en su endeble piragua las cataratas, dando vuelcos como en una montaña rusa.

«La impresión que en nosotros deja el espectáculo de la naturaleza es provocado en menor medida por la fisonomía particular del paisaje, que por la luz bajo la cual se destacan los montes y los campos, ya iluminados por el azul del cielo, ya oscurecidos por una nube flotante, escribe Humboldt. De igual modo, la pintura de las escenas naturales nos impresiona con mayor o menor intensidad, siempre que esté o no en armonía con las necesidades de nuestros sentimientos. Pues el mundo físico exterior se refleja, como un espejo, sobre el mundo moral interior. El perfil de las montañas que se dibujan en el horizonte, como en una lejanía nebulosa, el tinte sombrío de los bosques de abetos, el torrente que se precipita tumultuosamente al través de abruptos peñascos, en fin, todo cuanto forma el carácter de un paisaje, se anuda, por un antiguo lazo misterioso, a la vida sentimental del hombre».

En Humboldt se juntan el científico y el humanista. El personaje que observa y el que disfruta de lo que ve o lo rodea. Así lo comprendió Picón-Salas: «...además de la intuición poética y de la exactitud con que el viajero mide montañas, temperaturas, velocidad de los vientos y remonta en canoa con sus electrómetros, barómetros, altímetros, baterías y su botellita de Leyde los grandes ríos tropicales, es acaso con Humboldt con quien, por primera vez, el continente americano se hace tema de investigación concreta. No son ya las normas de un viejo mundo ético y religioso, como el español, las que sirven al viajero para definir las sociedades americanas, sino eslabona todo lo que ve en una especie de causalidad social adelantándose, a veces, a lo que se pudiera llamar la profecía de los nuevos Estados».

Todo fascina a Humboldt. Se detiene durante cinco días en Calabozo, en su ruta por los llanos a San Fernando de Apure y el Orinoco. Allí conoció al inventor Carlos del Pozo, e investigó el fenómeno de las anguilas eléctricas que lo intrigaban, los gimnotos o tembladores. «Hubiera sido cosa fácil, escribe, procurarse multitud de gimnotos muertos: un temor casi pueril impedía a los indígenas llevarnos vivos los atrapados. En verdad, nos hemos convencido por lo que después sucedió, de que es sumamente difícil manejar este pez cuando aún disfruta de toda su fuerza: pero el temor del bajo pueblo en estas comarcas es tanto más extraordinario cuanto que pretenden que se puede tocar impunemente al gimnoto cuando se tiene un tabaco en la boca».

Los viajeros se acercan a un lugar llamado Rastro de Abajo para ver con sus propios ojos la captura de los peces. Los nativos usaban caballos salvajes para la extraña operación. «No podría sino describir imperfectamente el espectáculo que nos ofreció la lucha de las anguilas contra los caballos. Los indios, pertrechados de juncos muy largos y de arpones, se colocaron alrededor del pequeño lago; algunos de ellos treparon a los árboles, cuyas ramas se extendían hasta la superficie del agua: todos impedían, con sus gritos y sus largos juncos, que los caballos volvieran a la orilla. Las anguilas, aturdidas por el ruido de los caballos, se defendieron por la reiterada descarga de sus baterías eléctricas. Durante largo tiempo, pareció como si ellas fueran a llevarse la victoria sobre los caballos y mulos: por donde quiera se veía que estos últimos, entorpecidos por la frecuencia de la fuerza de los golpes eléctricos, desaparecían bajo el agua. Algunos caballos se rebelaron y, pese a la vigilancia activa de los indios, ganaron la orilla. Abrumados de fatiga, con los miembros entumecidos por la fuerza de las conmociones eléctricas, se tiraron cuan largos eran en tierra firme». Humboldt sintió en ese momento la nostalgia de un pintor que hubiera captado la singular batalla de caballos y anguilas, el espanto de los caballos que terminaban rindiéndose frente a la agresividad incesante de las anguilas amarillas.

Así son las proezas y avatares que Humboldt describe de manera tan admirable en sus cuadernos de notas. A medida que avanza en el territorio, una sorpresa espera a otra: cuando duermen con un ojo abierto porque la noche está poblada de tigres, cuando remontan los raudales de Atures y Maipures porque allí, lo palpan, puede acabar todo. «El Orinoco pertenece al número de esos ríos singulares que, después de haber serpenteado hacia el oeste y el norte, acaba por inclinarse de tal modo al este, que su desembocadura se encuentra casi sobre el mismo meridiano que sus fuentes. Desde el Chigüire y el Geheté hasta el Guaviare, el Orinoco corre hacia el oeste como si fuera a aportar sus aguas al Océano Pacífico. En ese trayecto, envía al sur un brazo notable, el Casiquiare, poco conocido en Europa, que se une al río Negro o, como lo llaman los indígenas, el Guainia: éste es el único ejemplo de una bifurcación o una ramificación natural, como se prefiera llamarla, de dos grandes cuencas, realizada por entero en el interior de un continente».

Sobre el Casiquiare, el viajero no oculta su entusiasmo, vislumbra un mundo de posibilidades, dice que de todos los fenómenos que presentan los cursos de los ríos, los más extraordinarios, y a la vez, los más raros, son aquellos que

muestran una bifurcación cerca de la misma fuente, una comunicación natural entre dos cuencas cuyas pendientes siguen direcciones opuestas. Un país para los siglos del futuro es el que sueña Humboldt en 1800. Veamos: «La inmensa planicie que se extiende entre las Misiones de San Fernando de Atabapo, La Esmeralda, Maroa y San Carlos de Río Negro, presenta el fenómeno extraordinario de cuatro ríos que, por parejas, son casi paralelos, a pesar de que se opongan diametralmente por la dirección de sus pendientes. El Orinoco corre hacia el Noroeste; el Guainía hacia el Sureste; el Casiquiare al Sur y el Atabapo al Norte. Una gran parte de la Guayana es una isla, formada por el mar y por las aguas corrientes del Amazonas, el Guainía, el Casiquiare y el Orinoco».

Humboldt rectifica viejos errores del pasado; pero el poder de su imaginación lo transporta, va más allá, vislumbra el futuro, explora las condiciones de los habitantes, porque sus escritos son también testimonios de historia social; Humboldt, como lo observó también Picón-Salas, «ha observado que el mundo hispano-indio, en la víspera de un cambio político, prevé lo que va a pasar y alterna con toda clase de gentes: los bogas del Orinoco, los primitivos pastores de las llanuras, los frailes capuchinos de las internadas misiones, la nerviosa y brillante juventud de Caracas en el alba de 1800 y de la que basta citar dos nombres: Bolívar y Andrés Bello». El viajero percibe en Caracas un clima político, un deseo de saber y de enterarse de lo que sucede en el mundo. El venezolano razona, recordemos a Ramos-Sucre, «el enojo del criollo contra el español de la península, su igual en la legislación escrita, su tirano en la práctica». Con Humboldt nace una utopía que los venezolanos aún no hemos asumido.

III

Los viajeros, exploradores, naturalistas, o artistas que visitaron a Venezuela durante el siglo XIX fueron numerosos. Aportaron «la mirada del otro». Después de Humboldt, vino el francés Francisco Depons, quien residió en Venezuela desde 1801 a 1804. Escribió *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*. Las obras del alemán y del francés aparecen en París muy cerca la una de la otra; 1806 la del último, a partir de 1808 las del primero. Son viajeros distintos. Pedro Grases dice que Humboldt tiene dimensiones de genio, mientras Depons es sólo hombre de talento. «No obs-

tante, añade Grases, el libro de Depons alcanza un extraordinario éxito. Por la seriedad, por el carácter del relato, por la riqueza de datos, y por ser observación inmediata poco común. Es, realmente, un libro de valor, que todavía hoy se lee con provecho».

Depons, un hombre con sensibilidad política, se trazó un propósito que cumplió sin cuestión: ser objetivo y factual. «La crítica no es de mi incumbencia», dijo. Es sagaz, anota Grases, en las apreciaciones de la realidad que observa: «Gracias a ello dio Depons la primera versión moderna de una región de la América hispana de la que se carecía de información». A diferencia de Humboldt, Depons penetra en la historia a partir de Colón, y en la economía, en el sistema político, en las instituciones (civiles y religiosas), la religión de los indios, la población (los españoles, los criollos, los indios) y sus costumbres: el ocio, la siesta, el matrimonio; las dificultades de los españoles para viajar a América y las dificultades aún mayores de los extranjeros. Cuando el francés aborda los problemas de la educación, tiene la inteligencia de ceder el espacio al informe del licenciado Miguel José Sanz y sus críticas sobre el sistema colonial de enseñar.

Depons hace una observación que contribuye a explicar el curso posterior de la historia cuando registra el apego del criollo a la tierra: «Los criollos, por su parte, apenas si se acuerdan de que España es su Madre Patria. La idea que tienen de ella dista mucho de ser propicia al acercamiento. Por el afán de los europeos en pasar a América, juzgan que no hay país superior al suyo y por la avidez que traen los españoles de la metrópoli, piensan que viven en la comarca más afortunada de la tierra. Nunca toman en cuenta la dulzura del clima ni las producciones de Europa, sólo ven la miseria de los que salen de allá. Esta opinión crea en ellos una especie de orgullo por haber nacido en el Nuevo Mundo y les forma un inalterable apego por su patria natural. No es de extrañar, pues, que una población que no ha sufrido ni emigraciones ni guerras ni pestes, haya aumentado durante un periodo de cerca de trescientos años por más que fuera muy pequeño su núcleo original. Sería aún mucho mayor si hubiese dado a la Iglesia menos ministros y menos monjes y religiosas a los conventos».

Capítulos esenciales de los anales venezolanos como la experiencia de la Compañía Guipuzcoana o la conspiración de Gual y España, son analizados por Depons con los instrumentos de un observador perspicaz, contemporáneo del último de esos episodios, pero también con la visión del agente di-

plomático (así lo es en la práctica), que desea reportar al rey francés las condiciones y las experiencias, trabas y ventajas del comercio, y cómo España ha practicado el monopolio. Así su percepción del territorio tiene esa connotación. Los productos de la tierra seducen a Depons al extremo de estudiarlos con todo detenimiento. El cacao, el añil, el algodón, la caña de azúcar, el tabaco, lo invitan a escribir métodos para su cultivo y sus virtudes. El cardenal Richelieu «fue el primero que tomó chocolate para curarse de la obstrucción del hígado». Duró poco esa dimensión curativa, confiesa Depons, pero se confirmaron sus cualidades nutritivas, además del placer que prodiga. Estudia el cacao de las diversas regiones y sus calidades: el de Orituco es superior a todos. Fue durante décadas el único cultivo de Tierra Firme. En 1774, dice, comienza el del añil. Viene luego el algodón. Aún no había alcanzado el añil un puesto distinguido entre los productos comerciales de Tierra Firme, dice, cuando se trató de elevar a esa categoría el algodón. «Después del algodón, dice Depons, fue el café el producto en que pensaron los españoles de la parte oriental de Tierra Firme. Cincuenta años antes, las colonias extranjeras lo comerciaban de manera abundante, pero los venezolanos sólo producían para su consumo.» Cuenta cómo don Bartolomé Blandín, en 1784, vista la experiencia de las colonias francesas, «empeñó su fortuna y su trabajo en el cultivo del café». Dice Depons que Blandín privilegió la cercanía de la ciudad al establecerse en Chacao, una tierra poco propicia. Lo siguió el padre Sojo. Vinieron luego los cultivadores de Aragua, y de ahí el cultivo se expandió a todo el país. Los agricultores fueron prefiriendo el café al cacao y al añil.

Depons da una de las claves de la crisis que iba a venir: «La guerra de 1793 a 1801 fue, en verdad, la causa principal de esto: el mar cubierto de cruceros ingleses ofrecía al comercio la perspectiva de pérdidas inevitables, las comunicaciones con la metrópoli eran imposibles; los agricultores hubieron de conservar sus productos, por lo menos el cacao; pues, [...] había otros frutos que sí tuvieron salida. Se sabe que el cacao no se conserva en buen estado más de diez meses o un año, y que pasado ese tiempo, pierde todo su valor; era natural pues que los agricultores trataran de sustituir este producto por otro más fácil de conservar y que pudiese aguardar almacenado un cambio favorable en los negocios políticos. El producto escogido fue el café».

Depons, al referirse a la agricultura, observa con agudeza: «Causa asombro no hallar en el país más hermoso de la tierra, donde la vegetación tiene cuanto puede contribuir a su esplendor, sino plantaciones poco importantes.

Un propietario con cuatro mil o cinco mil pesos fuertes de renta es tenido por rico. No pasan de veinte en estas provincias las haciendas que produzcan una renta mayor. No quiere decir esto que la propiedad se halla muy dividida. Es raro encontrar una hacienda donde esté cultivada la décima parte de su extensión total. Es cosa que da tristeza ver semejante resultado después de tres siglos de trabajos consecutivos. De una extensión doscientas veces menor e infinitamente con menos riego y menos fertilidad, como lo es la isla de Santo Domingo, los franceses han logrado una producción diez veces mayor que la que actualmente dan las provincias de Caracas, y ha de tenerse en cuenta que la población blanca de aquella isla es apenas la mitad de la de estas provincias». De modo, pues, que los «grandes cacao» no eran tan grandes.

Pocos libros del siglo XIX ofrecen tan variados panoramas sobre el tiempo que precedió a la emancipación como *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional*. Francisco Depons conoció a fondo la realidad de la Capitanía General de Venezuela en los últimos años del régimen colonial. Sus reflexiones sobre la historia y la geografía descubren a un pensador político en el estilo de Alexis de Tocqueville. De sus innumerables observaciones, quizás sea prudente retener ésta: «En ninguna parte como en Venezuela es menos difícil la existencia del hombre. Si trabaja, se enriquece; si sólo quiere vegetar, le basta con inclinarse para recibir del suelo mucho más de lo que puede apetecer».

IV

En junio de 1841, Alejandro de Humboldt y Agustín Codazzi están en París. Codazzi había ido a Francia en compañía del historiador Rafael María Baralt con el propósito de imprimir el *Resumen de la geografía de Venezuela* y el *Atlas de Venezuela*, y, paralelamente, el *Resumen de la historia de Venezuela* de Baralt. En los albores de la República, en 1830, el Congreso dispuso la creación de una comisión corográfica que se encargara de sistematizar, trazar y ordenar lo referente al mapa territorial, noticias de geografía física y estadística, etc. Codazzi le solicitó a Baralt escribir la historia, y el escritor zuliano lo hizo de manera admirable. Entonces entablaron con Humboldt una relación frecuente. Arístides Rojas lo cuenta de esta manera: «La comisión corográfica e histórica nombrada por el gobierno de la República y compues-

ta de los señores coronel Codazzi, Baralt y Díaz, se instaló en París, para realizar los trabajos, a mediados de 1840. No fue sino en 1841, en la sociedad de geografía, donde los comisionados tropezaron con Humboldt, quien acabado de llegar de Berlín, estudiaba los mapas de Codazzi en unión de los señores Arago, Savary, Elie de Beaumont y Boussingault, nombrados por el Instituto de Ciencias para dar su opinión sobre la materia. Desde el momento en que los comisionados se pusieron en relación con Humboldt, éste pareció trasportarse a los días en que había visitado a Venezuela en 1800. Aparte de las discusiones científicas que tenía Humboldt con Codazzi en la sociedad de geografía, las cuales fueron animadas, pues los trabajos del geógrafo de Venezuela estuvieron sometidos a riguroso examen, Humboldt, puede decirse, que instaló su tertulia en la casa de los comisionados, calle de Hedler, número 16. Con mucha frecuencia almorzaba con éstos, y la conversación tenía que versar sobre lo pasado y lo porvenir de Venezuela». Refiere también don Arístides que Humboldt disfrutaba la lectura que Baralt le hacía de sus papeles: «A proporción que las páginas de la historia de Venezuela estaban listas para ser entregadas a la prensa, Humboldt se hacía leer por Baralt capítulos enteros, y entonces el anciano interrumpía a cada instante la lectura con exclamaciones de sorpresa y de júbilo». Como testimonio, el gran personaje le escribió a Codazzi el 20 de junio una carta en donde le dice: «No puedo ver partir a usted para ese país que me ha dejado tan gratos recuerdos, sin renovarle la expresión de mi grande y afectuosa consideración. Los trabajos geográficos de usted abrazan una inmensa extensión de tierra y ofrecen a la vez los pormenores topográficos más exactos y medidas de alturas tan importantes para la distribución de los climas, que harán época en la historia de la ciencia». «Lo que yo tenté hacer en un viaje rápido, estableciendo un conjunto de posiciones astronómicas e hipsométricas para Venezuela y la Nueva Granada, he hallado, señor, por las nobles investigaciones de usted, una *confirmación* y desarrollo que exceden a mis esperanzas».

La vida de Codazzi, contada por Alfredo Jahn en 1940 y por Juan José Pérez Rancel en 2002, es una proeza de aventuras. Nacido en la Romaña italiana en 1793, su espíritu guerrero lo trajo al Nuevo Mundo en 1817. Se vinculó con Bolívar, y a partir de 1830 con la República de Páez, para terminar siendo el geógrafo de mayor relieve del siglo XIX venezolano. «El soldado de la independencia retorna para participar en la reconstrucción», apuntó Elías Pino Iturrieta. Su aporte al conocimiento de Venezuela fue fundamental, traducido en su *Resumen de la geografía de Venezuela*, el *Atlas físico y político*

de la República y el Mapa general de la nación. «En las investigaciones de Codazzi sobre el medio físico y sobre sus posibilidades en un designio de fomento material, se encuentra la evidencia incontrovertible del esfuerzo de una generación brillante y del deseo de fabricar el aposento hospitalario anunciado desde finales del siglo XVIII, aún en espera de materializarse», escribe Pino Iturrieta. Durante diez años, Codazzi recorre el territorio de Venezuela que para entonces alcanzaba a más de 1.250.000 kilómetros cuadrados. «Sus mediciones astronómicas y barométricas y los datos estadísticos, geográficos y demográficos recogidos, dice Pérez Rancel, le permiten redactar la más rigurosa obra geográfica jamás realizada hasta ese momento en la América Latina independiente, que representa, al mismo tiempo, la más importante obra científica de los dos primeros tercios del s. XIX venezolano».

Para Codazzi, las fronteras que la naturaleza pareció destinarle no resultaron las que la política finalmente trazó. Mira al mapa y observa su figura irregular. Estudia los mares, el Caribe y el Atlántico, los cinco golfos, los siete estrechos, los siete cabos y las siete penínsulas: las costas, las islas, que estima en 71, las montañas, desde los Andes hasta Guayana, las mesas, las hoyas hidrográficas y sus ríos, el Orinoco y sus tributarios, el Cuyuní, el Río Negro, la hoya del golfo de Maracaibó, del lago de Valencia, de los golfos de Cariaco y de Paria. Estudió los climas, las estaciones y los vientos.

La visión geográfica de Codazzi se vinculaba a una visión del desarrollo y de las potencialidades del territorio. De ahí que se detenga en el análisis de las diferentes zonas. «Ningún país de América tiene tan marcadas sus zonas como éste», escribió. Así analiza la de las tierras cultivadas, la de los pastos y la de los bosques. «Depono no vacila en sostener, piensa Codazzi, que en ninguna parte de la América a cualquier latitud que sea puede compararse con esta fertilidad, variedad y riqueza. Efectivamente es así, y para bien apreciar esto es preciso mirarlo bajo el aspecto venidero. No queremos pintar cuadros ideales, concebidos por imaginaciones extraviadas a fuerza de entusiasmo; ni inculcar quimeras imposibles. Trataremos sí, de bosquejar los adelantos que están en el orden de los progresos humanos: las mejoras que deben esperarse de una población creciente en un país que posee grandes ventajas naturales: las modificaciones precisas que recibirá la tierra de manos de la civilización y la cultura. Procuraremos, por tanto, describir en grandes masas la configuración del terreno y después pasaremos en revista las varias selvas que están sin cultivarse y las ventajas parciales de cada una, por parecernos este método, el más sencillo y claro...»

El pragmatismo del geógrafo no opaca el entusiasmo que en él despierta el espectáculo de la naturaleza: «Ríos caudalosos descienden casi paralelos, y abriéndose paso por las grandes cañadas de la cordillera meridional, se avanzan al sur en la zona de los pastos. Colocado el viajero sobre algún punto elevado y dirigiendo sus miradas hacia aquellas inmensas dehesas, no puede seguir con la vista el curso de los ríos, porque el calor levanta vapores que producen una ilusión singular. De repente parece transformarse la llanura en un vasto mar sin horizonte, que sólo cesa cuando el sol va declinando, siendo perfecta la ilusión porque confundido con el cielo, tiene para el observador el movimiento vibratorio de las aguas».

De las regiones calientes, Codazzi sube a las templadas. «El trigo y todas las semillas del antiguo continente se desarrollan con vigor, y en cualquier tiempo del año están verdes los campos y los árboles llevan flores y frutos; pero a medida que pasamos hacia las regiones frías, la tierra se empobrece, la vegetación es más débil y los árboles ya más pequeños no son sino meros arbustos». Más arriba, el frailejón cubre la tierra.

Después de revisar otras montañas, el geógrafo vislumbra el esplendor y la riqueza de una de las zonas más capitales de Venezuela. Conviene citarlo de nuevo, en sus palabras: «Pero lo anterior nada es en comparación de las esperanzas que prometen los países desiertos que circundan el lago de Maracaibo: parece que la Providencia ha internado esta gran masa de agua para cercar las costas a las tierras que están al pie de las más altas cordilleras de Trujillo y Mérida, cuyos declives en forma de explanadas, vienen a perderse en las orillas de este vasto e interesante lago. Admirable es sin duda la gran fertilidad de estas comarcas, su extensión prodigiosa y la multitud de ríos caudalosos que las riegan. De las orillas del lago a las sierras que por todas partes le rodean, se pueden escoger temperaturas acomodadas a cualquiera producción de Europa o de América, desde el calor que abrasa hasta los páramos tempestuosos o las nieves perpetuas. Si se reflexiona que apenas ribetea las playas del lago unas cuantas haciendas; que sobre aquellas costas se hallan unas poblaciones de ningún interés, y que el resto del país, donde es silvestre el árbol del cacao, se halla enteramente inculto, se vendrá en conocimiento de lo que Maracaibo debe ser en los tiempos venideros, cuando una población activa y proporcionada a su extensión, sepa sacar partido de todas sus ventajas. Para entonces las selvas de Mérida y Trujillo, que se extienden hacia el lago podrán dar por sí solas un producto cuarenta veces mayor que el de toda la parte cultivada hoy en la república. Los ríos Motatán,

Escalante, Sucuy, Zulia y Catatumbo serán los canales de este activo movimiento para llevar la riqueza interior a las orillas del lago; y este, cubierto de multitud de buques de todas las naciones, verá cambiar en sus puertos los productos de la industriosa Europa por los frutos de su agricultura y por el oro de la tierra granadina».

Es admirable la visión de Codazzi. La realidad del siglo xx le dio plenamente la razón. También vislumbró en la montaña de Turén, por su ventajosa posición, convertida con el tiempo en un gran emporio. La zona de los pastos le suscita iguales reflexiones. Para el geógrafo, las llanuras de Apure ofrecen perspectivas extraordinarias. «... su descenso no se percibe ni en el curso de las aguas del río Apure que las costea por una parte, ni en el río Meta que les sirve de borde por la otra, pues el menor viento del E., o la menor crecida del Orinoco las hace retroceder.» En medio de aquel océano de verdura, dice Codazzi, sucede al viajero lo que al navegante cuando empieza a descubrir las velas de un buque que asoma en el horizonte. Como en Humboldt, geografía o paisaje y poesía se juntan. Cuando el Orinoco crece, sirve de represa al Apure y las tierras se inundan. El Apure, a su vez, presiona a sus tributarios. Los espejismos se convierten en espejos.

La zona de los bosques remonta a Codazzi a los orígenes. Primero la Guayana: «En estos inmensos bosques era donde los intrépidos conquistadores buscaban el imperio fabuloso del Gran Patití, la magnífica residencia de Manoa, con sus palacios cubiertos de placas macizas de oro del lago imaginario de la Parima que la circundaba, en cuyas aguas se reflejaba la imagen de los suntuosos edificios de aquella ciudad. Quimera halagüeña que sabían alimentar los indígenas para deshacerse de sus incómodos huéspedes, internándolos más y más en la tierra adentro en busca de lo que no existía. Era un fantasma que llevaban constantemente delante de sí, sin poderle alcanzar, y que dio origen a las expediciones memorables de Ordaz, de Herrera y de Spira en la tierra clásica de El Dorado de Raleigh».

Esculpidas en las rocas, entre el Casiquiare, el Esequibo y el río Branco, se observan las figuras de Amalivac, la gran mitología de la selva. «Allí donde el bosque es menos espeso, se encuentran cantidades innumerables de pequeñas rocas que sólo se elevan de quince a veinte pies sobre el suelo, y que parecen monumentos escondidos en aquellas agrestes regiones, a veces en forma de pilares o torres arruinadas, o bien como túmulos o como macizos prismáticos». Así describe a los tepuyes. Junto a las riberas del Orinoco,

Codazzi recuerda a Humboldt, y lo cita: «Los caimanes y las boas son los dueños del río: el jaguar, el pecari, la danta y los monos atraviesan los montes sin temor y sin riesgo, y se establecen en ellos como en una antigua heredad. Este aspecto de una naturaleza llena de vida en que el hombre no es nada, tiene algo de extraño y de triste».

Codazzi le da rienda suelta a la imaginación: «Esta zona tan desierta hoy puede mantener cómodamente más de 16.000.000 de habitantes. ¡Qué espectáculo tan grande presentará entonces el Orinoco, vehículo principal de una gran prosperidad venidera! Los terrenos ahora inundados en el delta, serán como las bellas campiñas de la Holanda: las costas desiertas entre aquél y el Moroco, producirán abundantes cosechas. Las selvas limitadas por las serranías Imataca y Rinocote darán salida a los frutos por el Cuyuní, surcado entonces por buques de vapor; cuando hoy apenas lo recorren los indios en sus débiles conchas. Los bosques del Caroní y Paragua hoy de difícil navegación por los peligrosos raudales, tendrán caminos carreteros y ríos navegables para llevar sus riquezas al Orinoco. El Caura rebosará en producciones estimables y tendrá caminos de carros para comunicar con las cabeceras del Padamo, del Ventuari y el río Parima, brazo principal del río Branco».

Angostura, fabula el geógrafo, debe ser una gran ciudad muy importante, y más rica la que se establezca en el delta o cerca del mar. «Entonces se conocerá también la ventaja que resulta a los pueblos que se funden más arriba de las cataratas, de poder comunicar con el Amazonas por el Casiquiare o por el río Atabapo que se unirá a poca costa con el Río Negro por medio de un canal artificial. Para llegar a las tierras occidentales de la gran hoya del Amazonas se preferirá el camino más corto del Orinoco, y por él saldrán a la vez producciones de la Nueva Granada y del Brasil». En suma, además del *Atlas*, Codazzi estudió la geografía física, la política, y la geografía de las regiones. Una obra verdaderamente invaluable para la comprensión de la República naciente y para toda su historia.

V

Los trabajos de Humboldt, Depons y Codazzi bastaban para la comprensión de la Venezuela del siglo XIX. No obstante, fueron innumerables los exploradores, los viajeros, e. incluso, los grandes artistas que se aventuraron

a través de nuestros espacios geográficos. Eduardo Röhl en *Exploradores famosos de la naturaleza venezolana* y en *Historia de las ciencias geográficas en Venezuela*; Pascual Venegas Filardo en *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX*, y Elías Pino Iturrieta en *La mirada del otro*, presentan a los más relevantes de estos viajeros, escriben sus biografías, glosan sus obras u ofrecen breves antologías de sus escritos. Durante los años de la guerra o hasta 1830 fueron relevantes Robert Semple (1810-1811), H. Poudenx y F. Mayer (1814), Jean Joseph Dauxion-Lavaysse (1806-1807), William Duane (1822) y, especialmente, Jean Baptiste Boussingault (1822-1823). No eran tiempos propicios para la aventura de los exploradores ni de los científicos. Dauxion-Lavaysse está entre los últimos que visitan la colonia española. Después le criticará a Depons que haya sido un poco contemporizador con el sistema colonial.

Boussingault, químico y agrónomo, llegó a Venezuela en noviembre de 1822, recorre el territorio durante un año, y viaja por tierra a Bogotá. «Además de sus estudios e investigaciones del dominio directo de su profesión que ejecutó en Venezuela, dice Eduardo Röhl, hizo algunas observaciones hipsométricas de sitios de la región septentrional del país, así como determinaciones astronómicas de latitudes y longitudes, cuyas precisiones se pueden aceptar considerando los instrumentos de la época y en manos de un viajero que no ha ido especialmente preparado con ese fin». Las observaciones barométricas de Boussingault fueron consideradas por Humboldt «mejores que las suyas». Así lo refiere en su obra *Cosmos*.

El francés se detuvo en Mérida, y en Lagunillas estudió con su compañero de viaje Mariano de Rivero, las características del urao. Ambos fueron recomendados a Bolívar por Alejandro de Humboldt, quien le escribió: «Me atrevo a recomendar a la grande bondad de vuestra excelencia los portadores de estas líneas, dos jóvenes sabios cuya suerte y éxito me interesan mucho, el señor Rivero, natural de Arequipa y el señor Boussingault, educado en París, pertenecientes ambos al reducido grupo de personas privilegiadas, cuyos talentos y sólida instrucción llaman la atención pública, a la edad en que otro no se han ocupado todavía sino en el desarrollo lento de sus facultades».

A partir de la República de Páez los viajeros son notables. Varía la calidad de los testimonios y la originalidad de sus contribuciones. Así, estos nombres figuran entre quienes sintieron la atracción de los espacios venezolanos: Jean Jules Linden (1841), Karl Moritz (1843), Ferdinand Bellermann (1842-1846), Hermann Karsten (1844), Karl Ferdinand Appun (1848-1859), August

Fendler (1853), Anton Goering (1866-1874), Carl Sachs (1876), Miguel María, el consejero Lisboa (1843-1844-1854), Pal Rosti (1857), Edward Eastwick (1864), Frederich Gerstacker (1868), James Mudie Spence (1871-1872), Jenny de Tallenay (1878-1881), Wilhelm Sievers (1884-1885), Jean Chaffanjon (1884-1887) y William Eleroy Curtis (1896). Geógrafos y naturalistas, botánicos, zoólogos, una mujer, tres pintores y un pionero del arte de la fotografía.

Anton Goering escribió *Venezuela, el más bello país tropical*. Lo sedujo el paisaje, lo describió con palabras y pinceles. «Y es que Goering, zoólogo y botánico, escribe Venegas Filardo, era además pintor de diestra mano, y así, muchos de los paisajes que contempló en Venezuela, varias de las especies de la flora y de la fauna, las dejó plasmadas en su obra pictórica...». Desde oriente, Goering se trasladó a San Esteban, se asomó al lago de Valencia y pintó sus paisajes. En 1869 viajó por mar hasta Maracaibo y por el lago llegó hasta las ciénagas de Onia y del Chama. Cuando finalmente el viajero llegó a Mérida (ya en el camino lo habían tenido por loco), la gente se asombró de su «carga compuesta de monos, loros, cuchicuchis y otros animales...» Exploró la sierra, sus textos, pero sobre todo sus dibujos, acuarelas y óleos permanecen como el más singular testimonio del espectáculo de la naturaleza en los Andes. Goering deja a Mérida el 30 de octubre, tramonta los páramos, llega a Trujillo, y quiere seguir por tierra hacia Caracas, pero las revueltas políticas le aconsejan que, mejor, regrese por mar.

Radicado en Caracas, coincide con otro viajero, James Mudie Spence, y ambos disfrutan del Ávila y recorren sus alturas. En 1874 regresó a Europa. Escribió después, el evocar ese momento: «Así, después de ocho años de estada, entre los recuerdos de los viajes que en todas direcciones realicé, se apoderó de mí un sentimiento de pesadumbre al divisar desde la cubierta del buque, la cordillera de la Costa y la majestuosa Silla de Caracas, al sentir que tenía que separarme de Venezuela, y al mismo tiempo el placer de volver a saludar pronto a los míos en mi patria».

Ferdinand Bellermann es otro de los pintores. Según refiere la historia, el monarca alemán Federico Guillermo lee las obras de Humboldt y se fascina con el mundo que describe. No se conforma con la letra, quiere también la imagen. Humboldt le recomienda a Bellermann, y así el pintor vino a Venezuela tras las huellas del gran sabio y regresó a Europa con su carga de paisajes. De esta experiencia quedó un testimonio admirable de la naturaleza ve-

nezolana en la época de Páez. Fue llamado «el pintor de las tierras vírgenes». El tercero es Auguste Morisot, quien en 1886 remontó el río Caura con el explorador Jean Chaffanjon; Morisot escribió un texto, *Un pintor en el Orinoco*, y dejó 429 dibujos pintados durante su viaje, y 58 fotografías.

El húngaro Pal Rosti vino a Venezuela en 1857. Pertenecía a la nobleza de su país. «...los venezolanos vieron interrumpidas sus actividades al paso de un hombre que se hacía acompañar de un arreo de mulas portando una descomunal y extraña carga, aquella indispensable para ejecutar a cabalidad el milagro fotográfico», se lee en *La mirada del otro*. Retrató la Venezuela de Monagas en un tiempo que anuncia tempestades nada naturales. Al testimonio gráfico, añadió sus reflexiones en 1861; la parte venezolana fue recogida en: *Memorias de un viaje por América*, edición de 1968, por la UCV. Sus fotografías mostraron diversas regiones de Venezuela: una hacienda de caña de azúcar en el valle de Caracas; Iglesia de La Trinidad con el gran samán; vistas de San Juan de los Morros, de Cagua, Angostura, etcétera. Como Humboldt, hace escala en Aragua, residió en la casa de la hacienda «El Palmar» de don Francisco Volmer; y va por los llanos inundados al Orinoco.

Rosti critica la política y ciertas costumbres, describe las corridas de toros de Caracas, y los bailes: «Por la noche, escribió, se reúnen para bailar en alguna de las casas nobles. También yo tuve la suerte de participar en una de estas fiestas. Allí, como en La Habana, están de moda las piezas europeas: francia, polka, vals, etcétera. Sin embargo, como en Cuba, la preferida es la danza». Pal Rosti, cuenta Venegas Filardo, llegó a Venezuela al tiempo de iniciarse la estación de las lluvias, y «así pudo contemplar un país verde».

VI

La Venezuela del siglo XXI es un país conocido a plenitud por especialistas de las ciencias geográficas, una nación que valora tanto a Humboldt y Depons como a Codazzi, y, en líneas generales, a todos los exploradores y viajeros que se aventuraron por sus espacios. En la vasta obra del doctor Pedro Cunill Grau resaltan libros como *Venezuela: opciones geográficas*, *La diversidad territorial, base del desarrollo venezolano*, y *Recursos y territorios en la Venezuela posible*. Lo que primero suscita el entusiasmo de Cunill Grau es la situación planetaria de Venezuela, vista en los mapas como un gran árbol, según la metáfora de Enrique Bernardo Núñez. Ubicada entre los Trópicos de Cáncer

y de Capricornio, «su posición céntrica en el continente americano, en la fachada septentrional de América del Sur, se abre además al mar Caribe y al océano Atlántico, escribe el geógrafo. Al ser la nación más septentrional de América del Sur, es la más cercana a Europa, y a los Estados Unidos, abriéndose simultáneamente a los espacios del Atlántico Centro-Norte y a paisajes marítimos e interiores que la definen con vastos intereses geoestratégicos, económicos y culturales en apertura a los sistemas del Caribe, del Atlántico, de América Andina, de América Amazónica y Guayanesa. Es la única nación sudamericana que presenta litorales abiertos simultáneamente al mar Caribe y al océano Atlántico». Una situación de privilegio que, como también observa el geógrafo, «al ser la nación más septentrional de América del Sur, es la más cercana a Europa, y a los Estados Unidos».

Una geografía de privilegio que le sirve de escenario al ser venezolano que tiene raíces indígenas, europeas y africanas, y donde todos, los 21.852.031 habitantes, somos «café con leche». La población es predominantemente urbana (82%) y se concentra en el norte del país. El territorio abarca una superficie de 916.445 km². Se asoma al mar Caribe a través de 2.813 km de costas. Venezuela es, quizás, el país latinoamericano con mayor número de vecinos en tierra firme y en el mar. Tiene fronteras terrestres con Colombia a lo largo de 2.050 km; con Brasil, 2.000, y con la república de Guyana, 743. Con trece países en el mar: el Reino de los Países Bajos (Antillas Neerlandesas: Aruba, Curazao, Bonaire, Saba y San Eustaquio), los Estados Unidos de América (Puerto Rico e Islas Vírgenes), St. Kitts-Nevis, Reino Unido (Montserrat), Francia (Guadalupe y Martinica), Dominica, Sta. Lucía, San Vicente, Granada, la República Dominicana, Trinidad-Tobago, y desde luego, también Colombia y Guyana.

El país disfruta de considerables zonas marinas y submarinas en el Caribe, lo que se conoce como Zona Económica Exclusiva, consecuencia de los armoniosos tratados de delimitación suscritos con el Reino de los Países Bajos, los Estados Unidos de América, la República Dominicana, Trinidad-Tobago, Francia, etcétera. Esas áreas tienen una extensión de alrededor de 860.000 kilómetros² de superficie marítima en el mar Caribe y el Océano Atlántico, incluyendo la proyección de la Guayana Esequiba, según lo expresa Cunill Grau. La posesión venezolana más al Norte es la Isla de Aves, la cual genera 75.000 kilómetros de zonas marinas, y allí, bajo el amparo de sus arenas cálidas, habitan las famosas tortugas verdes.

El Caribe venezolano está formado por innumerables islas: Venezuela toca el mar Caribe a lo largo de 2.813 kilómetros, desde Paria hasta Castilletes, más los litorales insulares de 314 islas, cayos o islotes. Venezuela, en sus palabras, es la nación ribereña de mayor extensión de costas en el mar Caribe. Hacia el Atlántico, Venezuela se asoma al océano a lo largo de 1.008 kilómetros, desde Paria hasta Punta Playa. Las más notables, desde luego, son Margarita, Coche y Cubagua, islas de singular belleza. Al mar y al sol, el paisaje venezolano le opone la inmensa variedad de montañas y valles, llanos y selvas y cumbres andinas donde la nieve deslumbra el aire todos los días del año con alturas que sobrepasan los 5.000 metros. Las selvas de Guayana están entre las más viejas del mundo: conviene asomarse a ellas no sólo por los ríos espectaculares, el Orinoco, el Caroní, el Caura, el río Negro, sino por el misterio de los gigantescos tepuyes, rocas suspendidas del cielo que le dan a las tierras de Guayana características muy peculiares e invitan al hombre que las admira o contempla a la meditación y al silencio.

Guayana es singularmente rica en minerales, oro, hierro, bauxita, diamantes, y lo más significativo y permanente, en las grandes caídas de agua que permiten una impresionante generación de energía hidráulica. La producción de acero oscila entre tres y cuatro millones de toneladas; los principales mercados son Japón, Estados Unidos, Colombia y China. Las reservas probadas de bauxita alcanzan a los 200 millones de toneladas de alto tenor y las probables se estiman en 5.800. El oro de la Guayana, en vetas o aluviones, representa el 12% de las reservas mundiales probadas. En la región del Roraima son considerables los depósitos diamantíferos, su producción sobrepasa el millón de quilates al año.

En *Venezuela: opciones geográficas*, Cunill Grau libra una gran batalla contra lo que llama «el conformismo negativista de la tropicalidad», y, en particular contra el autor de *Tristes Trópicos*. Propone que en nuestra época, «la geografía venezolana tiene que ser asumida, sin prejuicios ni reservas, en el contexto objetivo de la tropicalidad». Sus ventajas son obvias, sus promesas vastas, entre ellas la diversidad de climas, las posibilidades de mejor calidad de vida, el disfrute de paisajes al aire libre.

De *Venezuela: opciones geográficas*, podría escribirse como de un gran manual de venezolanidad. Hace la historia del territorio, desde su extensión en la época de la Capitanía General hasta lo que, poco afortunados tratados o

arbitrajes y laudos, (Madrid, 1891, sobre la frontera con Colombia, de París, 1899, sobre el Esequibo, y Suiza, 1922, también sobre la frontera occidental), dejaron, o sea, de 1.555.741 kilómetros cuadrados a 916.445. Paralelamente, en sus páginas se dibuja el croquis del futuro venezolano en el contexto de un mundo contemporáneo de interrelaciones económicas, culturales y políticas.

El siglo xx fue el gran siglo del petróleo. El 14 de diciembre de 1922 Venezuela ingresó al mapa mundial del petróleo. Ese día ocurrió lo que se consagró como el gran reventón del pozo Los Barrosos No. 2, cerca de Cabimas; se refiere que, desde una profundidad de apenas 500 metros, fluyeron sin control 16 mil metros cúbicos diarios, y así, *urbi et orbi*, la ciudad y el mundo se enteraron de que en el subsuelo venezolano yacía una riqueza sin límites. Durante 50 años, el petróleo fue explotado por los *trusts* internacionales, hasta el 29 de agosto de 1975, cuando fue nacionalizada la industria, y creada la corporación Petróleos de Venezuela, S. A. El país dejó de ser simplemente exportador, y a través de la política de internacionalización, hizo inversiones importantes en Estados Unidos, al adquirir Citgo, y en Europa, Pdvsa tiene participación de un 50% en Ruhr Oel GmbH, en asociación con Veba Oel AG, la empresa más grande de refinación en Alemania. Asimismo, Pdvsa y Neste Corporation, de Finlandia, son socios, con un 50% cada uno, en la empresa AB Nynas Petroleum, la cual opera refinerías en Suecia, Bélgica y el Reino Unido.

En los últimos años, las exportaciones de crudos y productos de Venezuela se estiman en volúmenes superiores a los 2,3 millones de barriles diarios, de los cuales cerca del 70% se dirige a los Estados Unidos. Reconociendo nuevas realidades mundiales, Venezuela optó en los 90 por una política de apertura: regresaron antiguas corporaciones, en esquemas diferentes de asociación para la explotación del petróleo y del gas. Los depósitos de petróleos pesados de la margen izquierda del gran río son los más grandes del mundo y su explotación requiere de enormes capitales. En un mundo de economía global, petróleo, gas, hierro, aluminio, constituyen grandes factores fundamentales para el intercambio y el desarrollo.

En 1945, Venezuela estuvo entre los fundadores de la ONU, y desde entonces forma parte de su sistema y de sus organismos especializados, la Unesco, la FAO, la OMS, la OIT, y de la Organización Mundial de Comer-

cio. En escala regional, forma parte de la Organización de Estados Americanos, del Sela, de Aladi, de la Asociación de Estados Caribeños, del sistema andino de integración, la Comunidad Andina de Naciones, y desde esa posición se abre a las posibilidades de Mercosur, y según se vislumbra en el horizonte, al gran proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas.

Venezuela es sede de la Corporación Andina de Fomento, una de las más exitosas experiencias de la integración sub-regional. En 1978 fue suscrito en Brasilia el Tratado de Cooperación Amazónica por los países de la macrocuenca: Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Surinam y Venezuela; cuyo propósito esencial es la preservación de la extensa zona y su desarrollo equilibrado. Como nación con una comprensión de las responsabilidades internacionales y de la solidaridad, forma parte junto con México, del programa de suministro petrolero a los países de América Central y del Caribe, conocido como Pacto de San José.

En 1960, Venezuela marcó un hito en las relaciones económicas entre productores y consumidores, al ser uno de los principales propulsores de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, en cuyo seno ha abogado siempre por políticas de equidad. El siglo XXI no será el siglo del petróleo, pero como se lee en *Venezuela: opciones geográficas*, al analizar la irrupción del gas natural como alternativa energética y las reservas de magnitud planetaria, «Venezuela cuenta con enormes opciones en el aprovechamiento de sus recursos de gas natural, cuyo desarrollo es una alternativa estratégica energética para diversificar fuentes de desenvolvimiento interior e incrementar flujos de divisas por su exportación». En el gas natural, el gas licuado, a partir de la experiencia del Complejo Criogénico de Oriente, de la diversificación petroquímica, de otros recursos como la generación hidroeléctrica, se fundará la diversificación de la economía venezolana.

1 A partir de la II Guerra Mundial, en Venezuela se inició un proceso de industrialización que fue borrando la dependencia del extranjero en innumerables rubros, transformó la estructura productiva, contribuyendo de manera notable a la modernización del país, con un parque industrial de primera calidad. Un proceso similar se registró en el uso de la tierra y en la producción agrícola. Venezuela no fue ajena a la revolución tecnológica en el dominio de las comunicaciones, y en este aspecto, el país está marcando el paso del siglo XXI sin retardos.

VII

La historia de la Tierra de Gracia no comenzó el 31 de julio de 1498 cuando las naves del Almirante Cristóbal Colón tocaron tierra firme, en su tercer viaje. La historia es más antigua. Sin embargo, es a partir de entonces cuando se registran sus anales. Colón llamó Tierra de Gracia a esa porción oriental de Venezuela que cubre el golfo de Paria, y Macuro es el lugar donde los españoles bajaron a suelo continental por primera vez. Colón no supo que tocaba las costas de la tierra firme, pero grandes y poderosas corrientes de agua dulce le indicaron que aquello era algo más (o mucho más) que una de las tantas islas del Caribe que ya él había visitado. Para preservarse del error, se limitó a decirles a Sus Majestades los Reyes Católicos que aquello no era otra cosa que las puertas del Paraíso Terrenal. Colón sintió el ímpetu de aquellas aguas dulces, pero no avistó el poderoso Orinoco que las lanzaba al mar; pensó, de todos modos, que se trataba de un «río infinito».

500 años de historia marcan esta Tierra de Gracia. Primero fueron los tres siglos bajo el dominio español; luego, doscientos años de vida republicana. Años propicios unos, otros a veces contradictorios, con altos y bajos, Venezuela, al final, se ha ido perfilando como un país con inmensas posibilidades, mente despierta y ágil y una manera democrática de ser, que ponen en sus manos las diversas opciones del futuro.

Un viaje imaginario puede hacerse a través de Venezuela leyendo a Humboldt como lo hizo desde tan lejos el rey germano. Pero también lo hacemos solos para redescubrir sus muchas maravillas, como caminantes de ojos sedientos. Así disfrutamos de lo nuestro, el sentido de lo propio, la dimensión geográfica y la dimensión humana. Venezuela es la puerta de la Tierra Firme de toda la América del Sur. Una puerta siempre abierta. Al sur está la Amazonía del Brasil, al oeste la Cordillera Andina que se prolonga hacia Colombia. Al norte, las aguas cálidas y transparentes. Margarita, Los Roques, Morrocoy. Los llanos, los esteros de Camaguán. Una puesta de sol en el Apure. El mundo profundo del Orinoco, del Caroní, del Casiquiare, del Río Negro. El Auyantepui. La Gran Sabana. Las salinas de Araya. Paria mágica. Mochima. Los médanos de Coro. Los relámpagos del Catatumbo. Los picos nevados de Mérida.

No se trata sólo de una riqueza geográfica y de una diversidad singular. Junto al legado de los grandes exploradores, y de quienes vislumbraron un futuro espléndido está el de pensadores como Augusto Mijares que rescataron lo «afirmativo venezolano» como una demostración de nuestras capacidades, de una sociedad pluralista, de nuestra sensibilidad democrática, y de nuestra igualdad social.

Esta es la historia y el paisaje retratados por Humboldt, Depons, Codazzi y tantos otros viajeros. Desde el país del siglo XIX, del reino del cacao y del café, hasta la Venezuela del siglo XX y del XXI, del petróleo que la transformó y la modernizó y la abrió al mundo, la Venezuela multiétnica y multicultural de Rómulo Gallegos, Aristides Rojas, Pascual Venegas Filardo, Eduardo Röhl, Mariano Picón-Salas, Alfredo Jahn, Pablo Vila, Enrique Bernardo Núñez, Antonio Arráiz, Isaac J. Pardo, Alfredo Boulton, Pedro Grases, Arturo Uslar-Pietri, Pedro Cunill Grau, la Venezuela de los soles velados de Armando Reverón, de los metales guayaneses de Alejandro Otero o de los raudales amarillos de Jesús Soto.

En 1942, Antonio Arráiz escribió un texto deslumbrante: *Geografía física de Venezuela*. Es como una sinfonía, un canto al espacio y al hombre: «Esta es nuestra tierra. Nuestra con todo lo que tiene: sus animales y sus hojas, sus piedras y sus minas, sus aceites y sus bálsamos, la pez, el betún y el mene que suda por sus poros, las savias que ascienden por el tronco de sus árboles, los pájaros que anidan en éstos, los manantiales que abreven sus pájaros, los minerales que dan sabor a sus ríos, los mares en que sus ríos terminan y los peces que pululan en los mares».

Bibliografía

- ARRÁIZ, ANTONIO. «Geografía física de Venezuela». Revista *Venezuela*. Ministerio de Relaciones Exteriores, Caracas, 1978.
- BELLERMANN, FERDINAND. *Bellermann y el paisaje venezolano, 1842-1845*. Prólogo de Alfredo Boulton. Asociación Cultural Humboldt - Fundación Newman, Caracas, 1977.
- BOTTING, DOUGLAS. *Humboldt and the Cosmos*. Harper & Row, Publishers, Nueva York-Londres, 1973.

- CODAZZI, AGUSTÍN. *Resumen de la geografía de Venezuela*. Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación, Caracas, 1940.
- CUNILL GRAU, PEDRO. *La diversidad territorial, base del desarrollo venezolano*. Cuadernos Lagoven, Caracas, 1981
- _____. *Recursos y territorios de la Venezuela posible*. Cuadernos Lagoven / Serie Siglo XXI, Caracas, 1985.
- _____. *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Presidencia de la República, Caracas, 1987.
- _____. *Venezuela, opciones geográficas*. Grijalbo, Caracas, 1993.
- DEPONS, FRANCISCO. *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América meridional*. Banco Central de Venezuela, Caracas, 1960.
- Fundación Polar. *Diccionario de Historia de Venezuela*. (2da. Edición), 1997.
- GERBI, ANTONELLO. *La naturaleza de las Indias Nuevas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.
- . *La disputa del Nuevo Mundo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- GRASES, PEDRO. *Preindependencia y emancipación (Protagonistas y testimonios)*. Obras 3. Seix Barral, Caracas-Barcelona-México, 1981.
- HUMBOLDT, ALEJANDRO DE. *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Biblioteca Venezolana de Cultura, Ministerio de Educación, Caracas, 1941.
- _____. *Cartas americanas*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980.
- _____. *La ruta de Humboldt. Colombia y Venezuela*. Villegas, Bogotá, 1994.
- MORISOT, AUGUSTE. *Un pintor en el Orinoco, 1886-1887*. Planeta, Caracas-Bogotá, 2002.

- MORISOT, AUGUSTE.. *Diario de Auguste Morisot, 1886-1887. Exploración de dos franceses a las fuentes del Orinoco*. Planeta, Caracas-Bogotá, 2002.
- NÚÑEZ, ENRIQUE BERNARDO. *Codazzi o la pasión geográfica*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1981.
- PÉREZ RANCEL, JUAN JOSÉ. *Agustín Codazzi, Italia y la construcción del Nuevo Mundo*. Petroglifo Producciones, Caracas, 2002.
- PICÓN-SALAS, MARIANO. «Tiempo de Humboldt». En: *Obras selectas*. Edime, Madrid-Caracas, 1953.
- PINO ITURRIETA, ELÍAS Y PEDRO ENRIQUE CALZADILLA. *La mirada del otro, Viajeros extranjeros en la Venezuela del siglo XIX*. Fundación Bigott, Caracas, 2000.
- RAMOS-SUCRE, JOSÉ ANTONIO. «Sobre las huellas de Humboldt». En: *Obra completa*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1980.
- RÖHL, EDUARDO. *Exploradores famosos de la naturaleza venezolana*. Tipografía El Compás, Caracas, 1948.
- _____. *Historia de las ciencias geográficas de Venezuela*. Edición del Banco Unión, Caracas, 1990.
- ROJAS, ARÍSTIDES. *Humboldtianas*. Tipografía Vargas, Caracas, 1924.
- USLAR-PIETRI, ARTURO. *Tierra venezolana*. Ministerio de Educación, Caracas, 1964.
- VENEGAS FILARDO, PASCUAL. *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX*. Monte Ávila, Caracas, 1983.
- WIONCZEK, MIGUEL (Compilador). *El Humboldt venezolano*. Banco Central de Venezuela, Caracas, 1977.